

y su modo. Convirtieron en Categoría la anécdota.

No todo consiste en beber cerveza, querido Angel; consiste muchas veces en que un Hombre nos «ciegue» y nos alucine y, embelesados, creamos que aquella vulgar cerveza que hacía un segundo tú y yo teníamos entre nuestras vulgares manos, sea ahora entre las suya «la rubia walkyria que en catarata de espuma se precipite sobre nosotros para saciarnos la sed».

No habría Cadaqués, ni Port Lligat sin Dalí (tratar en proceso analítico de desasociar las ideas y no os quedará nada); no habría ermita de San Cristóbal en Villanueva y Geltrú sin Eugenio D'Ors; no habría catedral de Vich si como dicen por matemática intuición los versos de Claudel, no fuese la catedral de José María Sert.

No habría Sitges, tal como hoy le concebimos, sin Santiago Rusiñol y su época. Esa época, ese tiempo que los «grandes» es lo primero que pretenden fijar, sujetar, porque saben que al no existir puede escapárseles y quedar vagando sin limitaciones y concierto. Tiempo ido, perdido, buscado según la tesis y la angustia proustiana.

Por eso, el Hombre tiene, porque puede y están facultados algunos seres excepcionales para ello, que hacerlo todo.

No es fortuito el título que da José Plá a su obra «Santiago Rusiñol i el seu temps», es simplemente una meditación, porque sin ese tiempo de ayer, Rusiñol y su procesión cívica en honor al Greco a lo largo del Paseo de la Rivera (1), junto al mar, donde hoy está emplazado el monumento al cretense, procesión cívica convertida en página de historia; no habría ni este Sitges ni aquél de un Cau Ferrat recién inaugurado, ni habría una familia como la Utrillo, que llegase hasta el Sena repartiendo apellidos en pro del arte moderno, ni habría esa Casa Maricel, amor y mimo del norteamericano Carlos Deering, ni habría esa iglesia elevada sobre una roca y a sus pies las arenas de una playa, junto al mismo muro de contención, con unas barcas blancas y humildes que derriten su pintura y sus resinas al calor de mil pasiones.

No habría nada. Ni este Sitges que hoy contemplo, nunca más ciudad en el amplio sentido de la *polis* romana, pura arquitectura, pura urbanización, pura transformación de la naturaleza en algo artificial; naturaleza más bien domada, «adornada», cuidada por el hombre y puesta con todas las comodidades; Sitges, de mil chalets y «torres», de cien suntuosas piscinas que iluminan sus aguas con mil colores en la noche de cien veranos, de clubs nocturnos, bailes, orquestas, mientras cincuenta idiomas distintos suenan en la cantarina garganta de hermosas muchachas que, en pantalones, short y bañadores, juegan al golf en las pistas de verde paño.

Sitges con cafeterías, asfalto, flores, ¡muchas flores y jardines!, iluminación fluorescente y línea de los ferrocarriles electrificada; pero sobre todo, y antes que nada, el Sitges del santuario de «El Vinyet», iglesia de Campdasens; Sitges de Casa Maricel, con ese San Miguel en su puerta infundiendo un teórico temor; San Miguel procedente de las torres de protección del puente de Balaguer; Cau Ferrat con Picassos, Zuloagas, Angladas, Regoyos, Llimona, Casas, todos amigos del Maestro que es lo bueno, y cerámicas, vidrios, telas, hierros forjados y tapices...

Playa, luz y mar. Sitges y Rusiñol. Un mundo creado por cíclopes y niños, poetas y bohemios ricos, por hombres terribles y barbudos sátiros que lloraban emocionados cuando sus trémulas manos acariciaban con ternura de mujer una bella escultura de Pedro Jou.

\*\*\*

—La iglesia era una ruina, allí no quedaba nada — me respondió el dueño de un bar en Villanueva y Geltrú, mientras yo recordaba los versos de Claudel. Ves, lector, cómo todo tiene su explicación.

Después, me ha indicado por dónde se va a la ermita.

—Suba de frente, el Maestro dejó el camino arreglado — y me estremecen las palabras respetuosas y tremendamente simbólicas de este sencillo hombre de Villanueva.

Por radio, el locutor de la emisora local (en Cataluña infinidad de pueblos tienen emisora local) habla con voz gangosa.

Más tarde, llego ante la ermita. La ermita de San Cristóbal en Villanueva y Geltrú, es la ermita de Eugenio D'Ors. El santuario dorsiano donde el cíclope del ingenio se paró a descansar, y aun descansando, a golpe de ingenio, levantó sobre sus hombros, como novísimo San Cristóbal, una atalaya, un faro de la cultura, desde donde pontificó sobre la belleza del Mediterráneo y la armonía del clasicismo.

Falta hacía que alguien, de entre unas ruinas abandonadas que no decían nada, llegase y, no solamente las levantase, reconstruyese espiritual y materialmente, sino que forjase en un nunca mejor localizado jardín de Akademos, toda la teoría fantástica de la belleza y del arte nuevo, que a orillas del viejo mar se hace eterno e impecederero.

A golpe de ingenio, el Maestro D'Ors forjó lo indestructible, formas espirituales, decires, que convirtieron en bocas profanas la ermita, mitad en templo de fe y mitad en templo de cultura.

En solo cinco kilómetros, desde Sitges a Villanueva, hombres de todos los tiempos se han empeñado en levantar en tan reducido espacio de terreno y franja litoral, todo un sistema que esperamos que ninguno se atreva algún día, con osadía de científico, a destripar, analizar, para decirnos después muy satisfecho que el tal sistema era erróneo.

Estamos con Agustín de Figueroa contra los debeladores de leyendas, bellas leyendas se comprende, aquella que conceptuaba de *bonitas* Ramón (decía *bellas mentiras y pecados bonitos*). Estamos contra los destripadores de Mitos, contra los destructores de los últimos mágicos; estamos con D'Ors cuando hizo público su disgusto por la manía aséptica y restauradora del Duque de Alba por su famosa antecesora; estamos con D'Ors contra los que pusieron «peros» a un Víctor Balaguer, que la última que hizo fué legar su Biblioteca-Museo a Villanueva y Geltrú; y en vista de todo lo dicho esperamos con ilusión que esos «peros» no se repitan contra aquellos otros que hicieron historia o mitología mediterránea en pleno siglo XX, porque mitología fué en su principio la cultura helénica y ahí está por los siglos de los siglos.

Ya nos encontramos delante de la ermita. Allí donde hubo ruinas, se yergue una fachada blanca y hermosa. En las alturas, un campanil.

Allí donde reinó la soledad, subieron en peregrinaje, a pie o en lujosos automóviles, académicos de las Reales, humildes artesanos o artesanos famosos, condecorados artistas o artistas humildes, periodistas, actrices, comediógrafos, toreros filósofos (el «otro» Ortega), poetas de claro o enrevesado concepto, escultores y hasta directores de orquesta, como Toldrá, nacido en Villanueva, que llegaba alborozado como un chiquillo al resurgir de su tierra «por arte de magia, al mandato de la palabra»; como un chiquillo, repito, cuando él con su electrificada cabellera por los últimos compases de un Wagner tonante en el Liceo de Barcelona, parecía más bien un Papini que en su humilde ingenuidad fuese a defender al mismísimo diablo.

Llegaron todos donde no había nada, y en el santuario de la «Academia Breve», esperaba sereno y sosegado, en su tremenda humanidad, el D'Ors comprensivo de eterna, clara e indulgente sonrisa.

Porque D'Ors era sencillo y claro. En ningún momento de su vida ni de su obra, quiso ser retorcido, y menos aún oscuro, complicado. Poseía, eso sí, el serio humor catalán, que expresa todo lo contrario de lo que siente. De ahí su exclamación: ¡Pongámoslo más incomprensible!

Pero D'Ors no lo es, ni lo era. Quizá lo fué sin duda para los que no le amaban, porque desamor e incomprensión fueron siempre *accidentes* que caminaron juntos. Es el tácito silencio, la tácita opinión de los eternos envidiosos, de y por la obra ajena.

Ver si no era clara, por ejemplo, «La Ben Plantada», cuando se vieron reflejadas en aquella Teresa miles de jóvenes catalanas, allá por los años veintitantos.

Lo que ocurre con el pensamiento dorsiano es que es eminentemente mediterráneo, y el Mediterráneo, en su